

prolesque ministret, Ludat ut ante tuos turba novella pedes.» Sin duda es ésta la interpretación más atinada, y la que nosotros hemos procurado seguir en la traducción.

Ante tuos turba novella pedes.—«Non Cerinthi, sed Natalis Genii,» dice Heyne.

LIBRO II.—ELEGÍA III

Esta Elegía es de aquellas que han llegado hasta nosotros en peor estado, y que han sido objeto de mayores adiciones, mutilaciones y cambios.

La primera Aldina, de 1502, siguió á la letra el texto de Bernardo Cileno, y la segunda, de 1515, dejó un vacío después del verso *Ah pereant artes et mollia iura colendi*, y agregó un nuevo hexámetro: *O utinam veteri peragrantes more puellae*.

Antonio Muret, en su edición de 1558, siguió la segunda Aldina, pero suprimió el pentámetro *El potum pastas ducere fluminibus*.

Escalígero mutiló por completo la Elegía. Suprimió los versos 16 á 19 de la segunda Aldina; los versos 37 á 64 los agregó á los versos 1 á 14 de la Elegía VI, y con el final de ésta formó una VII Elegía, que empieza con el hexámetro *Finirent multi leto mala credula vitam*, y suprimió el verso *Ah pereant artes et mollia iura colendi* y los números 80 á 83.

Todas las ediciones posteriores á la de Escalígero, comprendiendo la de Broukhusio, siguieron su texto, hasta que Vulpio y Heyne volvieron á restablecer el orden de los M. SS.

Heyne suprimió, al igual de Escalígero, los versos 16 á 19; volvió á colocar en su lugar el fragmento incorporado á la Elegía VI, y suprimió los dos siguientes versos:

Ah pereant artes et mollia iura colendi.
O utinam veteri peragrantes more puellae.

Lachmann y Dissen siguieron el texto de Heyne; pero restablecieron los versos 16, 18 y 19 de la segunda Aldina, considerando como espurio el verso 17: *El potum pastas ducere fluminibus*.

Ernesto Carlos Cristian Bach, en su edición de 1819, siguió el texto de la primera Aldina; suprimiendo los versos 17 y 18 y modificando el orden de la Elegía, puso primero los versos 1 á 36, después los versos 65 á 84 y al final los versos 29 á 64.

El texto de Lachmann y Dissen es el que ha pre-

valecido hasta el presente, y es igual al que nosotros insertamos.

Pavil et Admeti tauros formosus Apollo.—Ligdamo, en la IV de sus Elegías, dijo también:

Me quondam Admeti niveas pavisse iuvenca
Non est in vanum fabula ficta iocum.

Son dos distintas historias las que explican, por qué Apolo hubo de cuidar de los rebaños de Admeto, el famoso rey de Feres de Tesalia, tan célebre por el profundo amor que inspiró á su mujer Alcestes. Una de esas historias refiere que Apolo se consagró por amor al servicio de Admeto, y la otra dice que, cuando fué arrojado del cielo por Júpiter, á causa de haber dado muerte á algunos de los Cíclopes, Admeto lo recibió en su casa. La primera es de origen griego, y la segunda fué más bien obra de los poetas latinos.

Plutarco, en la Vida de Numa, dijo: «Lo que más racionalmente puede admitirse, es que los dioses abrigan alguna amistad por los hombres, y que de esa amistad nace en ellos el sentimiento del amor, que, por su parte, no es sino el cuidado más especial de formar y corregir las costumbres de aquellos á quienes cobran afecto y de hacerlos virtuosos; así es como se puede justificar lo que los poetas cuentan del amor de Apolo por Forbas, por Jacinto, por Admeto, y sobre todo, por Hipólito de Sicione.»

Entre los poetas griegos, Calímaco, en su himno

á Apolo, verso 49, habla del amor de Apolo por Admeto.

Ovidio, en la Heroida V, hace alusión al amor de Apolo:

Iipse repertor opis vaccas pavisse Pheraeas
Fertur et e nostro saucius igne fuit,

y después, en el Libro II de las Metamorfosis, cuando cuenta que Mercurio le ocultó en el fondo de un bosque las vacas de Admeto.

En el Act. I del Hipólito de Séneca, el Coro, hablando de todo aquello de que el Amor es capaz, dice:

Thessali Phoebus pecoris magister
Egit armentum, positoque plectro
Impari taurus calamo vocavit.

Valerio Flaco, en el Libro I de las Argonáuticas, hace referencia á la segunda historia de la servidumbre de Apolo:

Te quoque dant campi tanto pastore Pheraei
Felices, Admete; tuis nam pendit in arvis
Delius, ingrato Steropen quod fuderat arcu;

y de ella hablan también Servio y Probo, comentando el primero el verso 761 del Libro VII de la Eneida, y el segundo el verso 2 del Libro III de las Geórgicas. El pasaje de Tibulo fué imitado por Ovidio en el Arte de Amar, canto II, versos 239 y 240.

Tibulo dijo:

Pavit et Admeti tauros formosus Apollo,

y en el verso 28:

Nempe amor in parva te iubet esse casa;

y Ovidio escribió:

Cynthus Admeti vaccas pavisse Pheraei
Fertur, et in parva delituisse casa.

Quidquid erat medicae vicerat artis Amor.—

Apolo, en la leyenda griega, fué considerado como el padre de Asclepios ó de Esculapio, y como tal, llamado el padre de la medicina, porque el calor del sol puede preservarnos de todo género de enfermedades.

Los latinos aceptaron la tradición griega, y por eso Ovidio, en las Metamorfosis, Libro I, 521, dijo:

Inventum medicina meum est; opiferaeque per orbem
Dicor et herbarum subiecta potentia nobis
Hei mihi! quod nullis amor est medicabilis herbis:
Nec prosum domino, quae prosunt omnibus artes.

En la Heroida V dijo también el mismo Ovidio:

Me miseram, quod amor non est medicabilis herbis
Deficior prudens artis ab arte mea.

Dicitur occurrens erubuisse soror.—La hermana

de Apolo, hija como él de Latona y de Júpiter, fué Diana, la Artemis de los griegos. Según los Himnos Homéricos, Diana no nació en Delos al mismo tiempo que Apolo, sino en la Ortigia, y Teognis y Calímaco hablan de Delos como si allí hubiese nacido Apolo únicamente; pero Píndaro y Arriano dan otra versión, conforme á la cual, Apolo y Diana fueron gemelos y Latona los dió á luz á los dos en Delos, bajo de un olivo.

Respecto de Diana, Catulo dijo, XXXIV, 5 á 8:

O Latonia, maximi
Magna progenis Iovis,
Quam mater prope Deliam
Depositiv olivam.

Diana era para los griegos la diosa de los montes «montium domina,» y para los romanos más bien la diosa de los bosques; «silvarum potens,» como la llamó Horacio en el Carmen Secular, ó «nemorum cultrix,» como la llamó Virgilio en la Eneida, Libro IX, 557.

Servio dijo por eso en su Comentario á las Geórgicas, III, 332: «Omnis quercus Iovi est consecrata, et omnis lucus Dianae.»

Diana fué también identificada con Juno Lucina, como Ilitia con Artemis.

Catulo dijo: «Tu Lucina dolentibus Iuno dicta puerperis,» y Horacio: «Virgo, quae laborantes utero puellas ter vocata audes.»

Varrón, en su Tratado de la Lengua Latina, verso 69: «Quae (Diana) ideo quoque videtur ab Latinis Iuno Lucina dicta vel quod et ea terra, ut Physici dicunt, et lucet; vel quod ab luce eius qua quis conceptus est usque ad eam qua partua quis in lucem, luna iuvat, donec mensibus actis produxit in lucem ficta a iuvando et luce Iuno Lucina: a quo parientes eam invocant, luna enim nascentium dux quod menses huius.»

Cicerón, todavía en su libro De Natura Deorum, II, 67, agregó: «Dianam et Lunam eandem esse putant. . . quia Luna a lucendo nominata sit; eadem est enim Lucina. Itaque ut apud Graecos Dianam eamque Luciferam, sic apud nos Iunonem Lucinam in pariendo invocant, quae eadem Diana omnivaga dicitur.»

Diana era llamada *Titianis Trivia*, porque, como dijo Macrobio, Saturnales, I, 9, 6: «Dianae ut Triviae viarum omnium tribuunt potestatem.»

Varrón, Lengua Latina, VII, 16: «Titanis Trivia Diana est, ab eo dicta Trivia, quod in trivio ponitur fere in oppidis Graecis, vel quod luna dicitur esse, quae in caelo tribus viis movetur in altitudinem et latitudinem et longitudinem.»

Ligdamo llamó á Diana Latonia Luna, esto es, Luna, hija de Latona, en la Elegía IV, Libro III, de las Seudo-Tibulianas.

En las Notas á la Elegía IV del Libro I, hemos hecho constar que Dictynna era otro de los nombres

de Diana, y que ese nombre le fué dado, tanto por Tibulo mismo, como por Ovidio en las Metamorfosis y los Fastos, y por Estacio en la Tebaida.

Quos admirata est ipsa noverca prius.—Juno, la esposa legítima de Júpiter, es llamada madrastra de Apolo y de Diana. Sabido es que Juno jamás llegó á dar muestras de afecto á los hijos bastardos de Júpiter, y, sin embargo, es de notar que fué tal la belleza de la cabellera de Apolo, que hasta su misma madrastra la admiró.

Delos ubi nunc, Phoebe tua est, ubi Delphica Pytho.—Delos es una isla que pertenece á las Cicladas. Estrabón, en el Libro X de su Geografía, dice que, á pesar de su pequeñez, Delos, desde la más remota antigüedad y á partir de los tiempos heroicos, ha sido muy honrada, á causa de las divinidades Apolo y Diana; pues según los mitólogos, Latona dió allí á luz á Apolo y á Diana. Píndaro refiere que en otro tiempo, Delos flotaba á merced de las olas y de los vientos; pero que, apenas hubo llegado á ella la hija de Zeus, estimulada por los dolores del parto, cuando súbitamente se elevaron del fondo del abismo, y sobre sólidos cimientos, cuatro columnas, que para siempre fijaron en su lugar la áspera roca, donde la feliz progenie salió del seno maternal.

Cicerón, en el 1.º y 5.º discursos, párrafos XVIII y LXXII, pronunciados durante la segunda acción contra Verres, habla de los robos sagrados cometidos

por éste en Delos, pues despojó el célebre templo de Apolo de las estatuas de Latona, Diana y Apolo.

Delfos era una ciudad de la Fócida, según Pausanias, tomo V, pág. 293 y siguientes, que, construida por Parnaso, tomó su nombre de Delphus, hijo; según unos, de Apolo y de Celeno, hija de Hyamus, y según otros, de Apolo y de Thyia, que fué la primera sacerdotiza de Baco que celebró las orgías de este dios; ó de Apolo y Melené, hija de Cefiso.

Según el mismo Pausanias, los habitantes de los alrededores le dieron á la ciudad el nombre de Pytho, además del de Delfos. Dicen algunos escritores que Pythos era hijo de Delfos, y que en la época en que fué rey de esta ciudad le dió su nombre. Sin embargo, la tradición más digna de crédito es que Delfos tomó ese nombre por haber matado allí Apolo, á flechazos, á Pytho, á quien los poetas consideran como una gran serpiente que la Tierra había consagrado para cuidar su oráculo. Se dice también que Crio, que reinaba en la Eubea, tenía un hijo muy perverso que robó el templo de Apolo, y que, como pretendió atacar á Delfos, por segunda vez los habitantes de la ciudad le suplicaron á Apolo que apartase de ellos los males que los amenazaban, y Temondé, que era entonces la profetiza, les respondió: «Febo lanzará una flecha contra el bandido que infesta el Parnaso; los Cretenses lo purificarán de esta muerte, y su renombre no perecerá nunca.»

At mihi laeta trahant Samiae convivia testae.— Samos era una isla situada no lejos de las costas de Jonia y opuesta á Éfeso, famosa por sus utensilios de barro.

Plinio el Naturalista, en el Libro XXXV, Capítulo XLVI, dijo: «Maior pars hominum terrenis utitur vasis; Samia etiamnum in esculentis landantur.»

Fictaque Cumana lubrica terra rota.—Cumus fué una antigua ciudad de la costa de Campania, la cual llegó á ser célebre en la época de Augusto por sus utensilios hechos con barro rojo, como siempre lo había sido por el lino que producía, y que se empleaba, por su resistencia, para fabricar redes de caza.

Plinio, en el Libro XXXV, 42, habla del cemento de Cumus, que se mezclaba á la tierra de las colinas de Pouzzole para formar una piedra que no podía atacar el agua del mar, y en el Libro XIX, 2, se refiere al lino, haciendo notar que, á pesar de ser tan fino, era por extremo resistente, pues cuerdas que pasaban por un anillo se usaban para coger jabalíes.

Horacio habla del barro de Cumus, cuando en la Sátira VI del Libro I, y en la III del Libro II, dijo:

adstat echinus

Vilis, cum patera guttus, Campana supellex.

Campana solitus trulla vappamque profestis.

Marcial, en su epigrama 114, del Libro XIV, dijo:

Hanc tibi Cumano rubicundam pulvere testam,
Municipem misit casta Sibylla suam.

Illa gerat vestes tenues, quas femina Coa texuit.
—Cos fué una pequeña isla del mar Egeo, famosa por las telas transparentes que allí se tejían, y que eran el encanto de las mujeres elegantes de Roma.

La isla recibió diversos nombres: Merope, según varios autores; Cea, según Estafilo; Meropis, según Dionisio, y después, Ninfea.

Plinio explica el origen de las telas de Cos, en los siguientes términos:

«Hay otra oruga, cuyo origen es distinto; proviene de un gusano grande, que tiene dos cuernecillos prominentes, y que primero se convierte en oruga, después en lo que se llama *bombylius*; de allí en *ne-cydalus*, y á los seis meses en *bombyx* ó gusano de seda. A la manera de las arañas, estos animales forman una tela, con la cual se hace un vestido lujoso para las mujeres, que se llama *bombycina*. El arte de hilar y tejer esta tela fué primero inventado en la isla de Cos por Pánfila, hija de Latona, á quien no debe privarse de la gloria de haber escogitado un vestido, con el cual las mujeres fuesen como desnudas.»

Solis et admotis inficit ignis equis.—Este hermoso verso recuerda el de Propercio, en la Elegía XIII, del Libro III, verso 16: *Quos Aurora suis rubra colorat equis.*

Africa puniceum purpureumque Tyros.—La púrpura fué un color que estuvo muy en boga en la antigüedad. Los romanos, en su principio, según Cornelio Nepote, usaban una púrpura violácea de Tarento, que costaba 100 dineros la libra, y más tarde fué reemplazada por la púrpura de Tiro, extraída del *murex*, y cuyo costo era diez veces mayor. El primero que tiñó la pretexto con esta púrpura, y tuvo que sufrir las críticas que se le hicieron, fué P. Lentulo Espinter, edil curul.

El color *puniceus* se producía en las costas de África, y era de origen vegetal y no animal, como la púrpura de Tiro, pues se extraía del «*quercus cocci-fera*» y se formaba el *coccus* ó *kermes* vegetal, como lo llamaron los Árabes.

Los poetas latinos cuidaron siempre de distinguir las dos variedades de púrpura.

Lucrecio, antes que Tibulo, había dicho, II, 833:

Ut fit, ubi in parvas parteis discrepatur aurum
Purpura, puniceusque color clarissimo multo.

Barbara Gypsatos ferre catasta pedes.—Los esclavos, que eran importados del extranjero, se vendían en Roma con los pies blanqueados con creta.

Plinio, en el Libro XXXV, 58, dice: «Est et vilissima (creta) qua circum praeducere ad victoriae notam pedesque venalitorum trans mare advectorum denotare instituerunt maiores.»

Por eso Juvenal dijo, I, III:

Nuper in hanc urbem predibus qui venerat albis.

Et tu, Bacche tener, iucundae consitor uvae.—
Baco, como dice Broukhusio, ha sido casi siempre pintado por los artistas como enormemente obeso y con un ombligo saliente, á pesar de que los antiguos hicieron de él un joven tierno, grácil y de rostro infantil. Esto explica el epíteto *tener*, que emplea Tibulo al hablar de Baco, y lo que de él dijo Ovidio, en el Libro IV de las Metamorfosis, 17:

tibi enim inconsumpta iuventa est
tu puer aeternus, tu formosissimus alto
conspicaris caelo, tibi, cum sine cornibus adstas,
virgineum caput est.

Heu miserum, laxam quid iuvam esse togam.—
Ya hemos hablado en el comentario de la Elegía VI del Libro I, de las togas de pliegues amplios y flotantes, que llevaban en Roma los jóvenes elegantes.



LIBRO II.—ELEGÍA IV.

Esta Elegía es una de las muy pocas que escaparon á los cambios y trasposiciones que Escaligero introdujo, y tal vez por eso, los demás que han colacionado los M. SS. de Tibulo han respetado el orden establecido por ellos. Esta Elegía se distingue de todas las demás, por el cambio de sentimientos de que Tibulo da muestra, pues si como un esclavo execra la servidumbre dura en que se encuentra, acaba por perdonar la avaricia de Nemesis, causa y razón de su cautiverio. Esta Elegía, más que otra cualquiera, justifica el elogio que de Tibulo hizo Juan Bautista Pio:

«Princeps eleanorum poetarum est dubio procul
Al. Tibullus, quia vere amantem agit. Modo superbit, modo supplicat; annuit, renuit; minatur, intercedit; dedignatur, devovet, orat; inconstans est, quod voluit non vult, quod optavit, refugit; secum dissidens, ut in vera Cupidinis rota circumagi credas.»

Nunc et amara dies et noctis amarior umbra est.
—No se ha podido expresar mejor cuán acerbos son los dolores que engendra la ingratitud; si amargos son los días, más amargas aún son las noches.